



Austeridad cristiana

Dios ha puesto un atractivo imperioso en el placer.

El placer nos hace felices.

¿Quién no siente esa inclinación misteriosa?

Cada uno pone su felicidad en distinto objeto, pero todos deseamos ser felices.

El rico, el pobre, el sabio, el ignorante, el joven y el viejo, el hombre y la mujer aspirarán a la felicidad.

En nuestro tiempo y en todas las edades.

Año XL Zaragoza, 4 Marzo 1938.-El Año Triunfal Núm. 915

PAX VOBIS

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

ooo

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!

En nuestro país y en todo el mundo.

Es Dios quien ha sembrado en el alma esa inquietud de dicha.

Inquietud continua, que no se sosiega con nada.

Sólo en la otra vida se sacia plenamente esa ansiedad del hombre.

Pero el hombre se obstina en ser feliz también en el mundo. No lo consigue, pero no escarmienta.

Y los hombres se ceban en los placeres, en el lujo y ostentación, en las riquezas, en el poder...

Siempre es en definitiva el ansia de gozar.

En estos tiempos ha arreciado la plaga.

Se ha llegado a creer que era posible convertir el mundo en un paraíso.

Los males que padecemos provienen de las desigualdades sociales, se ha dicho. Haremos desaparecer esas desigualdades y lograremos formar una humanidad sin envidias, ni odios; con abundancia de bienes para todos.

El hombre podrá gozar de las comodidades que con tanta profusión le proporcionan los modernos inventos; la Higiene y la Medicina le preservarán de la enfermedad. Negando la otra vida no hay que preocuparse de ella, y hay que gozar en esta lo que se pueda.

El Papa ya apuntó (1) "que se ha hecho creer a las masas que tienen remedio todos los males de este mundo".

Y ese es quizás el mayor daño que se les ha podido hacer.

Pero ¿cómo ha sido posible tal engaño?

La mayoría, mejor dicho, nadie consigue lo que anhela. Nos pasamos la vida persiguiendo una ilusión que se desvanece cuando la tocamos con las manos.

Si alguna vez logramos lo que pretendemos en un aspecto particular nos convencemos pronto de nuestro error; no nos hace felices.

Aun seguimos pensando que otros son dichosos, que tienen lo que nosotros no alcanzamos; pero no lo son. Cuando, a veces, penetramos en el secreto de su intimidad nos asustamos.

No hay felicidad sobre la tierra. Lo sabemos. Si el hombre se convenciera de ello!

Los cristianos lo tenemos bien sabido. La tierra es tiempo de peregrinación, de ejercitar la virtud, de expiación.

Hay que suscitar este espíritu en el mundo.

El mundo pagano, ateo y marxista pretende esa locura, que seamos felices.

(1) «Rerum Novarum»

ces en esta vida. Y ha convertido el mundo en un infierno.

La Iglesia nos enseña que no está aquí la felicidad, y predica la templanza, la continencia, la modestia, la humildad, el sacrificio, la fortaleza y el amor. Y ha logrado hacer esta vida amable, impregnada de suave encanto.

Las catástrofes espantosas que presenciarnos han hecho evidente a los pueblos sanos que no es el egoísmo y

el placer lo que hace felices a los hombres, y han levantado como bandera de una nueva humanidad la virtud, la austeridad, el trabajo y la religión.

Es lo que ha predicado siempre la Iglesia.

La penitencia cristiana tiene además un sello divino y encierra un valor de inmortalidad.

FIDEL ROMANO

FIJATE BIEN

"Polvo, Ceniza, Nada".

¡Oh 'ector que confiado
vives despreocupado
porque tienes un caudal;
no fies en tu tesoro.
Fíjate bien ¿qué es el oro?
Nada, una escoria, un metal.

¡Oh, tú joven agraciada,
que con tal de ser amada,
no das tregua al corazón;
fíjate bien; los amores
de tus cien adoradores
son engañosa ilusión.

Oh, tú sabio encanecido!
Por los libros, al olvido
diste todo lo demás;

fíjate bien, ¿qué has logrado
cuando tanto has trabajado?
Vanas sombras, nada más.

¡Oh, tú artista esclarecido!
que la corona has ceñido
de laurel sobre tu sien;
fíjate bien; de tu gloria
un renglón queda en la historia,
un renglón, fíjate bien.

Si la gloria tan buscada,
la ciencia, el arte son nada,
y una ilusión el amar,
se prudente, ore tu labio
porque sólo aquel es sabio
que al Señor sabe agradecer.

CHANTE CLAIR

las maneras, himos hecho esta cuadrilla pa arreale güen garrotazo al que blasfemie.

—¿Estáis locos?

—Verá usted como al que yo pille no güelva a blasfemiar.

—No es que no se lo merezca, porque ese es el mayor pecado, pero eso no se puede hacer. Tú siempre quieres resolver las cosas a la tremenda. Dejaos estar de esas cosas. Anda a abrir, que llaman.

Tilín, tilín...

—¿Se pué pasar...?

—¿Da usted su permiso...?

—Adelante, adelante...

—Nos citó usted el otro día y aquí nos tiene usted a su disposición.

—Sí, recuerdo; es la principal preocupación mía y de EL ECO DE LA CRUZ. Procurar por todos los medios que el nombre de Dios sea santificado; y por tanto lo primero y más elemental es que no sea injuriado. Acabar con la horrible blasfemia.

—Pues yo qué quíe usted que le diga. Me paice lo mejor arreales una güena multa a tol que blasfemie. La gente no hace caso de sermones ni de papeles. Lo qu'escuece es el bolsillo. Vería usted como si acababa de seguida.

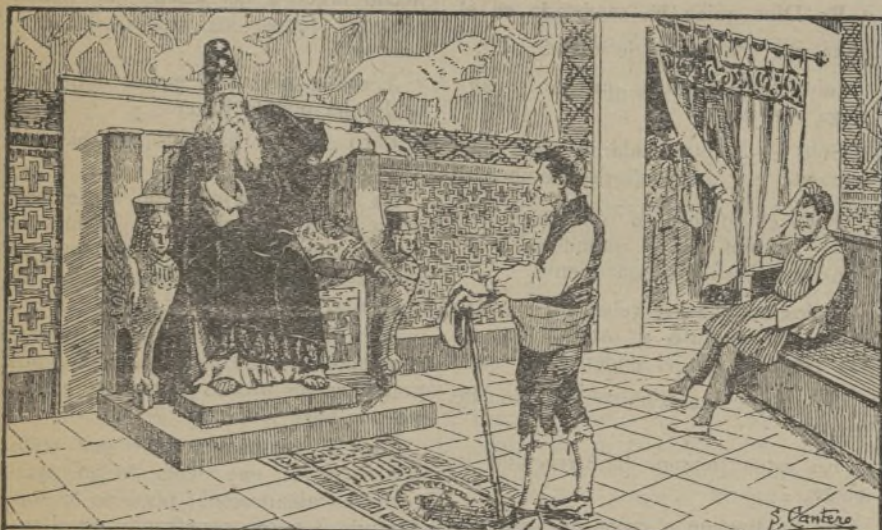
—Tenéis razón y es cierto que la flaqueza humana lleva a esos despropósitos. Que hacen caso de una multa más que de los castigos eternos. Pero eso no es de nuestra competencia. Tenemos autoridades cristianas, que cada vez acentúan más el espíritu cristiano en sus disposiciones y no podemos dudar de que han de poner todo su esfuerzo en desarraigar esta plaga satánica. La guerra actual es por Dios y por la Patria; no ha de limitarse a la acción de las armas. Es preciso acabar con los enemigos de Dios y lograr para Dios el honor que le es debido, no sólo en lo íntimo de la conciencia sino en la calle y en la vida oficial. No hemos de dar nosotros esas disposiciones, que podemos proponerlas y secundarlas con el mayor interés. Es la campaña más trascendental y hay que apelar a todos los medios.

—Y nosotros qué hemos de hacer?

—A todos alcanza el deber y el honor. Dios es nuestro Padre y eso sería bastante, si se piensa bien, para que cada uno sienta el celo por su honor y su gloria.

—Miusté en nuestra casa no han sintido mis hijos en jamás de los jamases un juramento. Pero no piense usted qui hacen caso de lo que ven en casa. Se les apegá mejor lo de la calle.

—Ya está bien ese buen ejemplo; pero no basta. Es preciso que vean en vosotros respeto y verdadera veneración a Dios. Que os vean rezar y recéis con vuestros hijos y que vean que en vuestra casa se hace



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario! ¡Macario...!

—¡Síñor...!

—¿Qué ruidos y qué barullos son esos?

—¿Sabusté? qu'himos formau una cuadrilla, la cuadrilla e la estaca.

—Y esto ¿a qué viene?

—Miusté, semos yo y el Grabiél, que ya lo conoce usted y el chico el tío Inacio, y

—Bien, ¿y qué?

—Pues, ¿ya no s'alcuerda usted en

lo que quedemos el otro día? ¿Ahura se güelva usted atrás?

—Pero... no te entiendo.

—Pues que quedemos en qu'himos di acabar con la blasfemia.

—¿Y qué quieres decir?

—Me paice mentira tanto saber como tiene usted y que no s'alcuerde.

—Acaba de una vez.

—Pues que quedemos en que hay qui acabar con la blasfemia y que como no hacen caso de ninguna e

siempre caso de lo que manda Dios. De lo contrario, el no blasfemar será un respeto de rutina. Es preciso ver veneración y acatamiento. Que Dios manda y nosotros obedecemos; y todo impregnado de gratitud filial por todos sus beneficios, pues todo se lo debemos a El.

—Casi le iba a decir a usted yo lo mismo con la escuela. Nadie desconoce la importancia de la escuela. Pero hemos de ocuparnos en la totalidad de los planes de enseñanza, que abarcan muchas materias y no se puede uno detener lo necesario en las materias religiosas. La formación es lenta; los que más la necesitan son los menos asiduos y recogen de la calle al momento todo lo malo. Nada digamos de que el maestro no halla con frecuencia la ayuda debida en la familia; al contrario, ha de luchar por contrarrestar una influencia perniciosa de los padres despreocupados o degenerados.

—Lo comprendo; por eso aspiramos a que todos tomen su parte en esta santa cruzada. Por otra parte, hay que tener presente que se ha tenido un criterio erróneo con respecto a la escuela. No es solamente centro de instrucción, ni aun primeramente; sino de formación intelectual y moral. La Religión no puede figurar como una de tantas disciplinas. Ha de ser *una vida* y por tanto ha de informar todos los actos del maestro y del niño. El maestro que no es cristiano, que no siente la religión, no puede ser maestro de cristianos. Y su labor no se puede limitar a que los niños sean buenos en *horas fijas*, sino siempre.

Es fácil formar ese respeto y cariño a Dios, pero es preciso vivirlo y expresarlo. Nos hemos de esforzar en formar una atmósfera religiosa, sagrada, que haga nuestro ambiente sobrenatural. Esto es lo que hace imposible la blasfemia. Si el blasfemo se ve rodeado de ese respeto y veneración a Dios, no se atreve a insultarle. Si en un instante de irreflexión brota el salivazo inmundado, se halla avergonzado; aquel ambiente le oprime y, o se corrige o se aleja de aquellas compañías, dejándonos, así, el aire puro.

¿Cómo es posible que la gente sencilla o desviada pudiera tomar en serio, lo que decimos de Dios, si le viera ultrajado y sin defensa? Todos hemos lamentado esos amos cristianos que tienen a su servicio criados blasfemos, que hasta blasfeman en su presencia. Lo consideraban cosa de poca monta o una especie de fatalidad. Esto no puede continuar. Es preciso que respeten a Dios *más que a su amo*. Corregirles con dignidad, no con encogimiento y cobardía, como heridos en lo más sagrado. Y así en la tertulia, en la amistad, en el casino...

—Si así lo hiciéramos, no podría-

mos ir a ninguna parte. No sabe usted cómo está el mundo.

—Hay que acabar con la blasfemia y, al menos, no hacernos cómplices de esa monstruosidad. Además, ahora ya no es lo mismo. La Religión es respetada y se puede y se debe aprovechar estas buenas disposiciones.

Pero hay otro aspecto más espiritual e interesante. Contra esa injuria ruin, nuestra alabanza enfervorizada. Suena una blasfemia, pues ahogarla con nuestra bendición; que compensen en seguida nuestras alabanzas y cariño la infamia de los blasfemos.

Eso es fácil. En la calle, en el tranvía, en la tienda, en el casino... en todas partes siempre decir: "alabado sea Dios", como una alabanza y una protesta. Y esto es lo que pueden hacer también los niños, que han dado excelente resultado en muchas ocasiones.

Los niños se derraman por todas partes y siempre encontrará el blasfemo la réplica inocente y tierna de un niño. Y hallará eco en los transeúntes y se logrará acorralar y extinguir la satánica plaga.

—Creo que ha de dar buen resultado y que cada uno podemos poner en práctica sin complicaciones.

—Además, claro que convenía todo lo que pudiera exaltar la transcendencia de esta nueva era religiosa. Conferencias, carteles sobre la blasfemia, frases breves, "santificado sea tu Nombre", por ejemplo, prodigado por las paredes; infiltrar las lecciones, y conferencias de este espíritu, y sobre todo, oración y penitencia. Oración para que el Señor nos admita en esta empresa de su honor; y penitencia para expiar nuestros pecados y negligencias en este asunto y reparar los horrendos pecados de los demás.

—Voy viendo la importancia del asunto. Me parece vislumbrar una nueva Humanidad.

—Sí, una Humanidad llena del santo temor de Dios y de inmensa gratitud.

EL MAGO



Vos habéis dicho: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida".

Y esas palabras siguen con resonancia eterna.

Salen de vuestra boca en este instante como salieron cuando hablabais a vuestros apóstoles.

Eso debería bastarme para acercarme a Vos y estar pendiente de esa revelación celestial.

Vos sois el Camino y también la Puerta, dijisteis. El que no os sigue se desvía, se pierde irremisiblemente.

¡Qué barullo, qué selva, qué precipicios, cuánto padecer, fuera de Vos!

¡Qué hermosura, qué serenidad, qué seguridad sois Vos!

Cada vez lo veo más claro, sobre todo cuando me siento delante de Vos, cuando os veo en el Sagrario, con todo vuestro poder y con todo vuestro amor.

Cuando pienso en la majestad divina se llena mi alma de alegría, al ver a Dios tan grande que todo lo llena y sobrepasa con su infinita inmensidad mi pobre alma; y quedo como anonadada, menos que un punto perdido en el infinito.

¿Cómo es posible que Dios se ocupe de esta pequeñez?

¿Cómo es posible que haya pensado en mí?

¡Dios pensando en mí!
Y ha pensado desde la eternidad, y ¡me ha amado!
Y ¡me ha creado!
Y ¡me ha redimido!
Y ¡se ha quedado en el Sagrario!
Y ¡entra en mi pecho!
Y ¡me escucha... en este momento!

Hijo mío, oigo que me dices, como Samuel: ¡Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha!

Te hablo y me dices que no me oyes. Y son muchos los que están ante Mí como estatuas, sin enterarse de las palabras de vida que salen de mi Corazón.

¡Qué vida tan distinta sería la vuestra; qué ánimo tendrías para el trabajo, qué alegría espiritual os inundaría, qué serenidad!

¿Y sabes por qué no os enteráis? Es lo mismo que os ocurre en las cosas del mundo. A veces os habla uno y no lo entendéis porque está lejos y no os llega su voz. A veces porque hablan muchos o hay ruidos que ahogan la voz que os interesa.

El que quiera oírme ha de estar cerca de Mí.

No me oirá si no cesan los ruidos del mundo que llenan su corazón.

Acércate bien; silencio profundo. ¿Lo entiendes?

J. ADELAC

Olor de Cristo

Alegria espiritual

Una de las cualidades más comunes en los santos es la alegría espiritual.

Es cierto que ha habido santos inconsolables; el don de lágrimas es una gracia de Dios, que nos ha dicho: "Bienaventurados los que lloran". Pero lo frecuente es verlos con un semblante de suave sonrisa, que refleja la alegría de su espíritu. Una sonrisa que excita simpatía y hasta una santa envidia.

Don Juan poseía esa sonrisa placida. Aun cuando le acomía la tribulación no se traslucía al exterior, como si resbalase sobre su alma limpia sin penetrar en ella.

Muy raras veces tomó su rostro un tono sombrío, en ocasiones tremendas, en que Dios puso a prueba su serenidad y su paciencia; pero aún entonces su cara expresaba un sufrimiento tranquilo, pasajero, para reanimarse de nuevo en su expresión habitual. ¿Cómo lograba esa calma dichosa?

Es que tenía la mirada muy alta; sus ojos mismos parecían divagar o centrarse en algo interior. Vivía en la presencia de Dios y lo veía grande, infinito. Su cultura científica le ayudaba a volar por los espacios de soles, estrellas, nebulosas, de asombro en asombro, contemplando la grandiosidad inabarcable del Universo y la belleza estupenda de la creación. No se cansaba nunca de esa visión en que se completaban la ciencia y la fe. Así cuando venía alguna contrariedad le parecía imperceptible, como se vería un polvo desde esas alturas estelares; veía los ultrajes como una mezquindad sin relieve; la maldad le producía asco por la ingratitud que revela contra Dios; pero sabía ver la desgracia de los hombres pecadores y se llenaba de compasión hacia ellos; porque Jesús los ha redimido y ha dado su Sangre por ellos. Con qué placer saboreaba las palabras de Jesús en la Cruz!: "¡Padre mío, perdónalos, que no saben lo que hacen!"

En esto llegaba a extremos sorprendentes. Comprendía la necesidad del castigo, pero se dejaba arrastrar de su corazón y exclamaba: "Son hijos de Dios".

Lo corriente es que el rostro sea el espejo espontáneo del alma. Y hasta parece inevitable que se descubran todas las alteraciones internas. La alegría de las cosas agradables, en una buena noticia, en un placer cualquiera. Y lo mismo se observa con los sucesos adversos de miedo, terror, ira; el hombre caviloso, el preocupado, lo expresan en el rostro. Un dominio de sí mismo adquirido por una

educación esmerada, reprime y disimula. Sólo una gracia especial, señora continua del alma, puede conseguir ese semblante de sonrisa atrayente sin intentarlo, que descubre un gozo suave ininterrumpido del fondo de su ser.

No era la sonrisa calculada obtenida por la tensión sostenida y vigilante; ni la del indiferente que se despreocupa de todo lo molesto con un instinto estóico. Atendía a todos los acontecimientos de la vida; su alma de fuego se apasionaba por todo lo grande; seguía con afán los acontecimientos políticos y sociales influyendo en ellos cuanto podía; contemplaba jubiloso como un niño las maravillas de las ciencias y de los sorprendentes inventos; ocupaba su vida entera en mil cosas diversas para la gloria de Dios y gozaba trazando planes gloriosos y seguía los menudos detalles del momento ponderando cada avance, cada conquista.

No era un estóico. Lo que ocurría es que estaba por encima de todo eso, y lo estimaba como medio para la gloria de Dios. No estaba pegado a las cosas, y cuando era preciso renunciar a alguna, veía que era Dios quien se la quitaba y se quedaba contento, porque Dios es el Amo de todo.

Era expresión clara de su salud espiritual. Así como la salud del cuerpo nos hace sentir naturalmente un bienestar, del mismo modo la conciencia limpia, el estado habitual de gracia da alegría espiritual que fluye en el exterior en ese semblante de la sonrisa de los santos.

¿Y qué cosa más natural que estar alegre viéndose hijo de Dios; contemplando a Dios que nos mira complacido con ternura de Padre y vigila sobre nosotros y nos defiende del mal, nos regala todas sus riquezas y nos reserva el Cielo eterno?

Esa es la alegría espiritual; eso es lo que se sentía en su presencia.

Al verle nos elevábamos, adquirían mayor pureza nuestras miras y deseábamos gozar como él y estimar como él la vida del espíritu.

JUAN DE LA CRUZ

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.—Obra de permanente actualidad. Su autor fué el verdadero Apóstol de la Comunión diaria en nuestra región y aún fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 2 pesetas.

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

Doña Sabina Velasco, Jerez de la Frontera; doña Antonia Conesa, Mainar; don Santos Sanz, Córdoba; don Juan de la Peña, Noviercas; doña Francisca Ayllón, Soria; doña Verísima Zabal, Carcastillo; Superiora del Asilo de Ntra. Sra. de las Mercedes, Burgos; Superiora del Colegio de Santa Ana, Estella; doña María Cruz Santaolalla, Navarrete (Logroño); don Ramón Guarena, Pamplona; doña Vicenta Iriarte, Pamplona; doña Loreto Araga, Arbeiza; Superiora de las Oblatas, Tenerife; doña Justa Ledesma, Zaragoza.

OBRAS DE ACTUALIDAD

La Bruja Blanca.—Preciosa novela, obra cumbre del M. I. Sr. D. Juan Buj, Fundador de EL ECO DE LA CRUZ. Es obra apologética que ilumina con claridades celestiales y encanta con el atractivo espiritual de la protagonista, modelo de acción católica. Dos tomos en un volumen, 2'50 ptas.

"EL ECO DE LA CRUZ" es un auxiliar del Párroco para la propaganda en la Parroquia, Ayuntamientos, Fábricas, Conferencias, Patronatos, etc.

Tip. Gambón.—Canfranc, 3.—Zaragoza